





# SOLOS EN LONDRES

SAM SELVON

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS, NOTAS Y PRÓLOGO  
DE ENRIQUE MALDONADO ROLDÁN



TÍTULO ORIGINAL: *The Lonely Londoners*

Publicado por

AUTOMÁTICA

Automática Editorial S.L.U.

Avenida del Mediterráneo 24, Escalera B 1º A - 28007 Madrid

info@automaticaeditorial.com

www.automaticaeditorial.com

Copyright ©2016 by Estate of Sam Selvon

© de la traducción, Enrique Maldonado Roldán 2016

© de la presente edición, Automática Editorial S.L.U, 2016

© de la ilustración de cubierta, Gabriel Saiz, 2016

Derechos exclusivos de traducción en lengua española:

Automática Editorial S.L.U.

ISBN: 978-84-15509-33-2

DEPÓSITO LEGAL: M-16631-2016

Diseño editorial: Álvaro Pérez d'Ors

Composición: Automática Editorial

Corrección ortotipográfica: Automática Editorial

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Primera edición en Automática: mayo de 2016

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización de los propietarios del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reprografía y los medios informáticos.





## *Los chicos toman la palabra* (a propósito de la traducción)

Sesenta años han pasado desde que Sam Selvon publicara *The Lonely Londoners*. Seis décadas desde la aparición de uno de los textos clave en la literatura antillana y todo un clásico en la literatura contemporánea de habla inglesa. Sin embargo, los lectores hispanohablantes no han tenido acceso a la obra más conocida de Selvon en todo este tiempo. Las razones son múltiples, qué duda cabe, pero si obviamos las relacionadas con el establecimiento del canon literario universal en torno a la cultura y las naciones dominantes, el principal motivo habla por sí mismo. Y habla en una lengua extraña.

Cuando el trinitense Sam Selvon publica en 1956 *The Lonely Londoners*, es un escritor asentado en Londres cuya primera novela, *A Brighter Sun* (1952), ha gozado de cierta atención y de buenas críticas, tal y como sucederá con la segunda, *An Island Is a World* (1955). Desde su primer texto, Selvon demuestra sensibilidad por las peculiaridades lingüísticas de Trinidad y de las Antillas, como corresponde a unos años marcados por los procesos de descolonización y de afirmación de la identidad en las que han sido o todavía son colonias de ultramar. *A Brighter Sun* no solo relata las vicisitudes de los diferentes grupos sociales de Trinidad durante la Segunda Guerra Mundial, sino que da voz a las distintas comunidades. De este modo, la expresión de los jóvenes de origen indio (entorno al

que pertenecía Selvon) está marcada por usos gramaticales no estandarizados, mientras que sus compatriotas descendientes de los esclavos africanos se expresan con peculiaridades fonéticas que Selvon manifiesta a través de la deformación ortográfica de sus discursos; estrategias similares empleará para caracterizar a la población de origen chino, si bien el narrador se expresará en un inglés estándar.

Tras la Segunda Guerra Mundial, Reino Unido va a conocer el proceso bautizado como *Windrush*. La carencia de mano de obra tras el devastador conflicto bélico llevó a las autoridades británicas a promover la llegada de ciudadanos de la Commonwealth y de las colonias, quienes respondieron a esta oferta atraídos por las perspectivas que ofrecía la «madre patria». Así da comienzo un proceso de transición hacia la multiculturalidad que, evidentemente, tendría su epicentro en la capital. Es a esta comunidad de migrantes antillanos llegados a Londres hacia la que Selvon, a la sazón uno más de los trinitenses emigrados en pos de un futuro mejor, va a dirigir su mirada para su tercera novela.

Al describir el proceso de creación de *The Lonely Londoners*, Selvon explica que comenzó a trabajar siguiendo un patrón parecido al utilizado en su primera novela, es decir: los personajes se expresaban en una lengua que reflejaba su origen antillano, mientras que el narrador lo hacía en inglés estándar. Sin embargo, algo no funcionaba, el texto no llegaba a fluir. Finalmente, Selvon optó por caracterizar lingüísticamente del mismo modo a sus personajes y al narrador. En palabras del escritor: «Encontré el acorde, era como música, por lo que me



senté al modo de un pasajero en un autobús y dejé que la lengua se encargara de la escritura».

Así pues, toda la novela quedó escrita con un mismo estilo, un mismo lenguaje. Pero, ¿cuál es este lenguaje?, mejor dicho, ¿qué lengua decidió utilizar Selvon? En una entrevista el escritor responde a los críticos que lo acusaban de que el libro «estaba escrito en una lengua extraña, la lengua de las calles de Trinidad». Sam Selvon lo consideró un comentario poco preciso, pues escribió el texto «en un dialecto modificado que pudiera ser comprendido por los lectores europeos».

Trinidad y Tobago comparte con las islas antillanas anglófonas una historia común que ha influido en el desarrollo de la lengua utilizada por sus habitantes. Poblada originalmente por los caribes, la isla principal fue «descubierta» en 1498 por Cristóbal Colón, quien la denominó «Tierra de la Santísima Trinidad». Tras la primera colonización española, las islas serían objeto de disputa entre ingleses, neerlandeses, franceses y portugueses, a los que curiosamente se sumaría, en el caso de Tobago (cuya denominación actual proviene de *Tabaco*), el ducado de Curlandia —un pequeño estado en la actual Letonia—, que fundaría en la isla la colonia de Nueva Curlandia. Desaparecidos los caribes de las islas (como legado nos transmitieron el término *canibal*, que procede de *caribe/caribal* y que debió de ser motivo suficiente para decretar su extinción), estas se poblaron por colonos y esclavos de orígenes lingüísticos distintos, a los que se sumaría en sucesivas oleadas indios, chinos y sirios, así como descendientes de esclavos provenientes de otras islas antillanas (francoparlantes muchas de ellas). En resumidas cuentas,

la mezcla de orígenes y lenguas quedó establecida como seña identitaria de una región que no alcanzaría su independencia de los poderes colonizadores hasta entrada la segunda mitad del siglo xx.

Tan ajetreada historia se destila en una serie de combinados lingüísticos de muy diversos sabores y aromas. Siglos de servidumbre contribuyen asimismo a configurar los usos caribeños y trinitenses. De este modo, nos encontramos —a grandes rasgos— con un continuo lingüístico que parte de una lengua criolla —lengua que toma su base léxica principal del inglés, pero cuyas variaciones gramaticales, léxicas y fonéticas la distancian en tal medida de este que puede llegar a ser incomprensible para sus hablantes— y se acerca paulatinamente al inglés estándar según avanza en la escalera social y educativa.

Sin embargo, Selvon no escoge un eslabón concreto de esta cadena lingüística para la redacción de su novela, sino que lo toma como referencia para crear un vehículo de expresión hasta cierto punto artificial «que pudiera ser comprendido por los lectores europeos». Para la especialista Lise Winer, no nos encontraríamos ante una lengua intermedia, sino ante una «tercera entidad». En resumidas cuentas, Selvon, a partir de las variedades lingüísticas propias de Trinidad y el Caribe, va a crear una forma de expresión caracterizada por usos gramaticales más limitados que el inglés estándar, ciertas «regularizaciones» de las irregularidades que presenta este, así como la introducción de léxico y expresiones propias, todo ello con una ortografía estándar que excluye la posible plasmación gráfica de la pronunciación.

El motivo principal para esta adaptación realizada por Selvon es el público al que pretende dirigirse. Selvon, al igual que sus personajes —si bien con un contexto educativo y social distinto—, emigra a Londres *a pelear la vida*. Mientras que *los chicos* de su novela buscan trabajo y unas posibilidades inexistentes en su tierra natal, Selvon busca (además) lectores. El empobrecido y escasamente educado entorno en el que se crió no ofrecía las opciones que la metrópolis podía garantizar y, por tanto, emigró a Londres, donde su trabajo como escritor podría ser valorado y mostrado ante un público muchísimo más numeroso. Y es con estos lectores en mente como realiza su trabajo. Selvon escribe para «los lectores europeos». Y para llegar a ellos tiene que modificar su lenguaje.

Llegamos ya al meollo de la cuestión que nos ha llevado a postergar el encuentro con el texto de nuestro lector hispanohablante: cómo traducir una novela de estas características. Tres posibilidades se plantean *a priori*. Una sería la utilización de una lengua criolla. Existen lenguas criollas con base en el español como el palenquero de los descendientes colombianos de los cimarrones, el chabacano filipino o, aunque con mayor influencia portuguesa y neerlandesa, pero mayor cercanía geográfica, el papiamentu de Aruba o Bonaire. Utilizar estas lenguas (otro traductor habría de encargarse de ello, evidentemente) habría supuesto un problema similar al que enfrentó Selvon: solo habría sido comprensible para los habitantes de una isla (literal o lingüística). Busquen grabaciones de estas lenguas y hagan la prueba.

Por cercanía geográfica se podría haber optado por el español de Cuba o Venezuela, sin embargo, esto habría

causado un evidente problema de fidelidad y verosimilitud: *los chicos* de Selvon no provienen de estos países y su lengua no mantiene una relación con la de la «madre patria» en absoluto comparable. Los usos de los hispanohablantes caribeños están enmarcados dentro de variedades de una misma lengua, perfectamente comprensibles en cualquier región del extenso mapa del español. La reacción del lector europeo ante el texto original de Selvon no es en absoluto la misma que la de un lector español al disfrutar de las obras de Alejo Carpentier o Rómulo Gallegos.

Esta reacción del lector es relevante a la hora de tomar decisiones de traducción, pues el autor original tiene unas expectativas concretas en cuanto a la recepción de su obra. Selvon era consciente y, de hecho, pretendía que sus lectores sufrieran un cierto extrañamiento al iniciar la lectura, el cual, paulatinamente, al empatizar con los personajes e interiorizar el modo de expresión de estos, irían perdiendo para recuperarlo de nuevo en momentos puntuales. Utilizar, por tanto, una variedad lingüística real y concreta —siempre cargadas también de prejuicios socioculturales—, habría no solo resultado inverosímil, sino también risible; haber convertido al grupo de hombres que lidera Moisés en hijos bastardos de la Mammy de la versión doblada de *Lo que el viento se llevó* habría hecho que el lector hispanohablante se preparara, con una sonrisa en los labios, para escuchar al personaje de Tita gritar: «Señorita Escarlata, señorita Escarlata». Por todas las implicaciones culturales, sociales, de clase y raciales, no, no se trataba de eso.

Obviar las peculiaridades lingüísticas del original y limitarse a narrar en una lengua estandarizada las peri-

pecias de *los chicos* en Londres habría sido la opción más sencilla, de hecho la más habitual en el sector editorial español cuando los textos originales presentan usos lingüísticos de marcado carácter regional. Sin embargo, Selvon ya intentó en su momento estandarizar el texto y comprobó que no funcionaba. Tampoco habría funcionado en la traducción. El resultado habría sido una novela terriblemente mutilada.

¿Y entonces? Sam Selvon es, en cierto modo, un traductor, pues parte de unos usos lingüísticos reales y los traspone a otros propios comprensibles para el gran público. El autor realizó un ejercicio de valentía en *The Lonely Londoners*, qué menos que corresponder con una cierta osadía en la traducción. No existen usos en español idénticos y extrapolables a los de los personajes y el narrador de *Solos en Londres*, había que crearlos.

Volvamos a la recepción del texto original. Selvon era consciente del destinatario (quizá no exclusivo, pero sí mayoritario) de su novela: Occidente. Esos lectores percibieron —y siguen percibiendo a través de las numerosas reediciones— una lengua a la vez propia y extraña, una historia de «otros» que pese a su diferenciación remitía a un «nosotros» común. De forma consciente o inconsciente asumieron al avanzar en su gozosa lectura variaciones gramaticales, principalmente mediante la limitación del abanico de estructuras verbales; aquí y allí encontraron una expresión comprensible pero que no pertenecía a sus usos lingüísticos; en muy escasas ocasiones, un léxico que no les era propio; usos distintos de las preposiciones... No estamos ante una cuestión de polos opuestos correcto/incorrecto, y de plantearse esta, lo hace en la misma medida en la que se presenta

el binomio dominador/dominado. Las lenguas no son lo que prescriben los académicos, las lenguas son formas de ver el mundo, de entenderlo y de transmitirlo, no hay usos mejores ni peores, hay oradores, hay comunidades. Estamos ante la plasmación de la variedad, y un «otro» distinto hemos tratado de recrear con el lenguaje. Pues ese es el trabajo del traductor: un ejercicio de recreación (también en su acepción lúdica).

Las estrategias son similares a las puestas en práctica por el autor. Y también nosotros encontramos un acorde, una cierta musicalidad, y nos dejamos llevar (no por ello ignorando un necesario ejercicio de sistematización). Podemos utilizar una comparación en absoluto novedosa para describir el trabajo del traductor: la del relojero. Sam Selvon, un maestro en su arte, construyó un reloj (pequeño, manejable, preciso y perfecto) con las piezas a su disposición. Las tomó, las manipuló, las sumergió en la sal del Caribe, las dotó de acento antillano y el reloj sigue dando la hora con absoluta exactitud a pesar del tiempo transcurrido. El traductor, en cierto modo un imitador, toma el reloj que otro construyó, lo analiza, lo desmonta y lo aprende. Después se dispone a construir otro reloj, con las piezas propias de su lengua, que se asemeje tanto al primero que parezca el mismo, que al sonar las horas en el carillón quien oiga las campanadas sienta las mismas emociones que sentirá el usuario de esa obra de ingeniería primera. Así hemos procedido con *Solos en Londres*; abierto nuestro cajón de las palabras —ojo, al husmear en el escritorio de un traductor con síndrome posparto, como muelles, las palabras pueden saltar a la cara—, seleccionamos las precisas, las retorcimos, inten-

tamos no utilizar jamás el martillo para encajar lo inencajable, les dimos aroma a mar, y, una vez en marcha, nos pareció que la maquinaria cantaba las mismas horas.

Si han percibido un uso excesivo del plural mayestático en estas líneas que, por fin, alcanzan su conclusión, no se lleven a engaño, no se trata de falsa modestia. La traducción es, pese a que un solo nombre firme estas líneas, un ejercicio colectivo. Alguien descubrió el texto, alguien apostó por él, alguien lo tradujo, alguien lo corrigió, alguien transmitió cariñoso sus opiniones y sus dudas —y si somos justos: alguien lo maquetó, alguien lo imprimió, alguien lo ilustró y, con suerte, alguien lo vendió—. Conste aquí el agradecimiento por tanta valentía.

El tango dice que veinte años son nada, y sesenta deben de ser tres veces nada, pues estos solitarios londinenses tienen tanta vigencia hoy como entonces. Si este equipo de relojeros ha logrado su cometido, en algún momento percibirán, hoy, mañana, en su propia calle, una lengua de «otros» que sospechosamente forman parte del «nosotros». La multiculturalidad está recién nacida en nuestras ciudades, a nuestro lado viven gentes solas. Podrían ser refugiados de guerra, cargados con la responsabilidad de recordarnos quiénes fuimos, si es que fueran capaces de burlar a los bien alimentados cancerberos que al otro lado de nuestras fronteras defienden a sangre y fuego una Europa que sigue cínica presumiendo de abanderar la defensa de los derechos humanos. No conviene olvidar que todos hemos sido *los chicos* un día. Cuando Selvon publicó este texto, los españoles emigraban a Europa y también a América a «trabajar como negros», la mayoría de hispanohablantes nunca logró dejar

atrás las migraciones masivas, y hoy nuestros jóvenes suben a un avión y se marchan a otras ciudades, a Londres quizá, *a pelear la vida*, mientras sus mayores los despiden entre lágrimas en los aeropuertos.

En fin, si este texto logra conmoverlos, meterlos en la piel de los chicos, desdibujar la frontera que nos separa de esos «otros», agradézcanselo —en absoluto es responsable de los sesenta años de retraso— al gran maestro relojero llamado Sam Selvon. De no ser así, toda culpa habrá de recaer única y exclusivamente en la persona que, para no dejar lugar a la duda, fecha y firma estas líneas, ya saben, ese traidor...

Enrique Maldonado Roldán,  
abril de 2016.







# SOLOS EN LONDRES

SAM SELVON

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS Y NOTAS  
DE ENRIQUE MALDONADO ROLDÁN





Una tarde dura de invierno, cuando tenía una forma de irrealidad en Londres, con una niebla tumbada sinquieta encima de la ciudad y las luces borrosas como si no es Londres de verdad sino un sitio extraño en otro planeta, Moisés Aloetta sube a un bus número 46 en la esquina de Chepstow Road y Westbourne Grove por ir a Waterloo y encontrar un tío que venía de Trinidad en el tren del barco.

Cuando Moisés sienta y paga su billete, saca un pañuelo blanco y suena su nariz. Pone negro el pañuelo y Moisés mira la tela y insulta la niebla. No estaba con buenos humores y la niebla no hacía nada por ayudar. Antes va tener que levantar de una cama caliente y a gusto y vestir y salir a la calle con este mal tiempo por ir y encontrar un tío que ni siquiera no conoce. Esa era la parte que dolía: no es como si este tío es su hermano o primo o ni siquiera amigo. No conoce al hombre más que a Adán. Pero llega una carta de un amigo en Trinidad que dice este tío viene en el *SS Hildebrand* y si puede por favor encontrar a él en la estación en Londres y ayudar hasta que está colocado. El nombre del tío es Henry Oliver, aunque el amigo dice a Moisés no preocupes porque describe a Moisés a él, y todo que tiene que hacer es estar en la estación cuando el tren del barco llega y este tío Henry va encontrar a él. Así que por los

viejos tiempos Moisés está en el bus yendo a Waterloo, enfadado con él mismo porque su corazón es tan blando que siempre está haciendo algo por alguien y nadie nunca hace nada por él.

Porque parece a Moisés que casi no tiene tiempo de estar colocado en la vieja Inglaterra cuando todos tipos de tíos empiezan venir derechos a su habitación en Water, después que llegan a Londres desde las Antillas, contando que este y ese dicen Moisés es un tío bueno de contacto, va ayudar a ellos a tener un sitio donde vivir y un trabajo.

«Ay, Señor —queja Moisés a Harris, un amigo que tiene—, nunca vi nada como así. No conozco de nada a esta gente, pero vienen a mí como si yo soy un funcionario de inmigración. Y yo, que estoy con el culo rojo, ¿cómo voy ayudar a ellos?».

Y estos tipos de cosas estaban pasando en un momento cuando los ingleses empiezan armar escándalo porque tiene demasiados caribeños llegando al país: este era un tiempo cuando en todas las esquinas, cuando das la vuelta, apuestas diez a uno que vas chocar con un negro. En verdad los chicos están por todo Londres y no tiene un sitio donde no vas encontrar a ellos, y en el Parlamento tienen discusiones grandes por la situación, aunque la vieja Inglaterra es demasiado diplomática por tomar medidas contra los chicos o hacer nada drástico como hacer que no vienen a la Madre Patria. Pero todos los días los periódicos llevan grandes títulos y todo que cuentan los periódicos y las radios en este país, eso es la Biblia de la gente. Como una vez cuando los periódicos dicen los caribeños piensan las calles de Londres tienen alfombras

de oro, un tío jamaicano fue a la oficina de Hacienda por preguntar algo y la cosa primera que el funcionario dice es: «¿Vosotros es que pensáis que las calles de Londres están cubiertas de oro?». Los periódicos y las radios mandan en este país.

Ahora Moisés está incómodo por la situación, porque si dice la verdad, la mayoría de los tíos que vienen ahora son peleones de verdad, son desesperados. No es como mucho tiempo antes, cuando cuarenta o cincuenta vienen a poco a poco, ahora invaden el país por cientos. Y cuando ellos, los tíos que están aquí mucho tiempo, ven gente salir corriendo del Caribe, lógico, ellos piensan va ser una maldita locura volver. ¿Entonces qué puede hacer Moisés cuando estos tíos llegan desesperados a su puerta con una maleta y no tienen sitio donde dormir ni no tienen sitio donde ir?

Un día llega un grupo de tíos.

—¿Quién dice mi nombre y mi dirección a vosotros?  
—pregunta Moisés.

—Ah, un tío de nombre Jackson que estaba aquí el año pasado.

—Jackson es una zorra, él sabe que yo estoy pasando el infierno también.

—Tenemos dinero —dicen los tíos—, solo queremos que tú ayudas a nosotros a tener un sitio donde estar y dices cómo tener un trabajo.

—Eso es más difícil que tener dinero —gruñe Moisés—. No sé por qué tripas venís a mí.

Pero igual salió con ellos, porque solía recordar cómo de desesperado estaba cuando llegó a Londres la vez primera y no conocía a nadie ni no sabía nada.